

BALZAC, HOMBRE FEO Y AMIGO DE LAS MUJERES

Por

ESPERANZA RUIZ-CRESPO

De Balzac, novelista extraordinario, nos ha quedado un horrible retrato que repele a las mujeres: gordo, deshinchado, feo... Complemento de este físico desastre es la reputación de su alegría desbordada en conversaciones picantes; de sus ademanes bruscos y su gracia..., digámoslo sin paliativos, ordinaria. Si fué o no fué tan poco grato en su aspecto social, no puede ahora asegurarse, porque todos cuantos le trataron se llevaron el secreto; pero su obra, rica en dotes de observación, ocupa—indiscutiblemente—un primer lugar en la literatura francesa.

Y, pese a esa estampa desgraciada de su apariencia, Balzac fué un gran amigo de las mujeres. Mejor dicho, fué un hombre a quien quisieron «bien» varias mujeres. Tal vez porque siempre supo ser, respecto a ellas, un sentimental. Su corazón, dominando los sentidos, le inspiraba un noble horror a la estúpida galantería, y creyó—como creemos siempre las mujeres—que todo placer al margen de la complacencia espiritual no es sino un triste envilecimiento de la carne.

«Las amistades epidérmicas» no me agradan. Me fatigan y sólo sirven para contrastar los tesoros encerrados en los corazones que me ofrecen su abrigo. No soy, pues, un francés, en la acepción vulgar de la palabra—escribió.

Las mujeres, pues, en su tibio contacto amistoso, fueron el gran consuelo de su existencia atormentada por mezquindades económicas. Sostuvieron su moral y endulzaron las amarguras de su destino. Una, por fin, madame Hanska, su gran amiga durante dieciséis años, su confidente y su consejera, llegó a ser su mujer... Poco tiempo de felicidad: se casaron el 14 de marzo de 1850, y la muerte le vino a buscar en agosto del mismo año...

Repasemos los nombres y algunos hechos de estas figuras femeninas, tal vez no tan interesantes como las que él creaba, pero que fueron plástica viva de ilusión y amistad en la vida fecunda del novelista genial.

Citemos, como amiga magnífica de Balzac, a su propia hermana, madame de Surville. Se llamaba Laura y creyó, desde siempre, en el glorioso destino del que tan duro aprendizaje había de tener hasta alcanzar su nombre. En las horas sombrías encontraba palabras y argumentos que relucían el descorazonamiento del varón. Y cuando uno de los dos se perdió en la frontera del Gran Silencio, quedaba una ejemplar correspondencia de amistad fraternal, maravillosa, con treinta y un años de sujetar pensamientos, desganas y caricias sobre unos pliegucillos que repartía el cartero.

Hablemos también, con todo respeto, de madame de Berny... Madame de Berny, vecina de Balzac en su ambiente familiar, es una dama mucho mayor que él... ¿Mucho? Sí. Pero, entre mujeres, no es de buen gusto señalar exactamente las fechas. Madame de Berny, casada con un viejo caballero irascible y antipático, tiene unos hijos que adora y un alboroto conmovido en el pecho. Se da a la efusión con vehemencia, y las amistades limpias, pero muy tiernas, atraen su corazón. Dotada de una ágil mentalidad, aconseja y orienta al joven amigo en sus primeras indecisiones, ante los baches inevitables del fracaso.

Y porque es bueno testimoniar con frases de los propios interesados, queden aquí las opiniones que Balzac deja en su correspondencia acerca de esta bella amistad:

«Durante muchos años, creo que doce, un ángel supo escapar cada día un par de horas al mundo, a la familia, a sus complicados quehaceres, a todas las cadenas de la vida social, para pasarlos a mi lado sin que nadie lo supiera. Doce años de consejos, de afecto, de aliento...»

En otra carta, comentando entristecido la muerte de su gran amiga, el novelista dice: «Fuí muy desgraciado en mi juventud; pero madame de Berny suavizó todas mis asperezas de tal modo, que sólo puedo comprenderlo ahora, cuando la tierra ha reclamado su presa. Debo mucho a esta mujer admirable y debo corresponder trabajando sin fatiga para perfeccionar lo que ella esbozó en mí».

Otra figura interesante en la galería de estas mujeres de Balzac es la duquesa de Abrantes, la generala Junot. Inquieta mujer, desproporcionada entre las de su época, por más que en efecto no viviera en tiempos de tranquilidad, y cuyas Memorias hicieron ruido comentadas por todas las Cancillerías de Europa. La duquesa de Abrantes, digna de estudio completo en estas evocaciones, no supo nunca el valor del dinero y acabó siendo enterrada de caridad... Tampoco supo hacer números Balzac, pero cuando sabe la penuria y las negociaciones de su amiga, acude consejero, lo mismo, exactamente, que si él hubiera sido un financiero genial.

«Jorge Sand», que relata en sus obras muchas escenas y muchas anécdotas de su amistad con Balzac, fué, en efecto, una de las mujeres que recibieron destellos de su genio. Estas relaciones fueron siempre francas y, pudiéramos decir, viriles. Balzac, en la autora de «Indiana», no descubrió nunca a la mujer ni se preocupó del aspecto físico. Es posible que la verdadera definición de este contacto sentimental estuviera en la fase siguiente: «Balzac y «Jorge Sand», talentos fuertes, fueron dos grandes amigos.» Amigos, género masculino. Y evitemos la malicia de los mediocres: el cerebro y la amistad son neutros.

Otro nombre: madame Carraud. Otra amistad que dura—aviso a los descreídos—treinta años. Veamos un párrafo de Balzac a esta dama, también de más edad que él, y muy amiga de madame de Berny, con la cual tenía asombroso parecido moral:

«Es usted mi público. Me interesa siempre la opinión de ciertas almas selectas, pero me interesa, sobre todas, la suya. No le he visto, no hemos hablado una sola vez, que yo no haya aprendido o mejorado en algo. Usted me invita a podar mi producción de malas hierbas y siempre he recurrido a usted cuando el desaliento me abrumaba. Siento, pues, hacia usted, un afecto que no se parece a otros, y que carece, por tanto, de rival. ¡Es tan bella la placidez que siento a su lado!»

Más tarde, un poco envanecido y, naturalmente, un poco vanidoso, Balzac incurre en torpeza cayendo en las redes de coquetería que le tiende la duquesa de Castries. Ella juega y le desespera; él consulta sus dudas a madame Carraud... Entre la artificiosa duquesa y el vehemente narrador, la amiga serena sitúa las figuras con su consejo.

Balzac tiene ya treinta y cuatro años, y un nombre bien reputado, aunque las deudas no le dejan en paz. Va unos días a Suiza sin más propósito que el de distraer la imaginación y buscar nuevos elementos «observables» para sus relatos. Está, una mañana limpia, asomado por (Continúa en la pág. 82)



Balzac